

UN DIBUJO DE DIEGO RIVERA PARA EL MURAL DEL ANFITEATRO BOLIVAR

POR

JUSTINO FERNANDEZ

EN la Biblioteca Central de la Ciudad Universitaria se inauguró el 18 de febrero de 1955 una importante exposición de dibujos, para obras murales, grabados y litografías, de los maestros mexicanos: José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo. Fue organizada por la Dirección General de Difusión Cultural. No obstante que el acervo presentado incluía dibujos de varias de las más importantes obras murales realizadas en las décadas pasadas, faltaban allí muchos que están desparramados en colecciones dentro y fuera del país,

Entre los dibujos exhibidos se encontraba uno, adquirido recientemente por la Universidad Nacional Autónoma de México, que por su valor histórico y artístico merece ser considerado especialmente, me refiero al que podría llamarse el proyecto para la primera pintura monumental que ejecutó Diego Rivera en el Anfiteatro Bolívar (antes llamado "de la Escuela Preparatoria"), el año de 1922, y que debemos considerar como el primer mural importante no sólo del movimiento de pintura mexicana, sino del siglo. Por ésta y por otras obras murales en la Escuela Preparatoria, de Orozco, Siqueiros, Revueltas, Alva de la Canal, Leal y Charlot, es evidente que la Universidad fué la cuna del magnífico movimiento que ha dado al arte mundial obras de la más alta categoría.

La construcción del Anfiteatro Bolívar fué terminada en 1910 por el arquitecto Samuel Chávez y formaba parte del proyecto del “anexo” de la Escuela Preparatoria, que a la postre vino a servir para las oficinas generales de la Universidad (Véase: “El Antiguo Colegio de San Ildefonso”, de José Rojas Garcidueñas. México, 1951. Instituto de Investigaciones Estéticas). Tanto el “anexo” como el anfiteatro fueron proyectados y construídos en “estilo colonial” inspirado en el barroco del siglo XVIII. Al terminarse la obra del anfiteatro se pensó en decorarlo con pinturas murales, para las que hicieron proyectos, entre otros, Saturnino Herrán. Cuenta Orozco en su *Autobiografía* que los pintores llegaron a levantar andamios para la decoración del recinto, pero que al estallar la Revolución de 1911 todo quedó en suspenso.

Diego Rivera había vuelto a México en 1921, después de una prolongada y fructífera estancia en Europa. Tenía 35 años de edad. Renovando la idea de decorar el Anfiteatro “de Preparatoria” —después llamado “Bolívar”— puso manos a la obra en el muro del fondo, cuya parte central forma un gran nicho en el cual se había instalado un órgano.

En la exposición de la Biblioteca Central se exhibió un primer esquema para el muro en cuestión; la idea general ya aparece bien concreta, mas el dibujo que aquí se considera es el paso siguiente, pues en él se estructura la concepción en definitiva (45 x 60 cms.). En el extremo inferior derecho aparece la firma y la dedicatoria “a Genaro Estrada”.

Rivera había absorbido en Europa los últimos movimientos de pintura, desde el “impresionismo” hasta el “cubismo”, y había estudiado el arte más antiguo, desde el clásico y el bizantino, de manera que volvía a México cargado de experiencias que volcó, puede decirse, en el mural del Anfiteatro. Por eso aparecen allí diversas influencias o antecedentes, por una parte ciertos bizantinismos y por otra sus conocimientos del “cubismo”, mas su personalidad se impuso y logró una obra de primer orden, en la que ciertos trozos o figuras tienen una emoción auténtica, raras veces igualada por el mismo artista en sus obras posteriores. El medio que empleó en este mural fué el de *encáustica*, haciendo primero incisiones en el muro, para delimitar bien el dibujo, como buen neo-clasicista, y determinar las áreas que componen el todo.

El artista encontró un muro de regulares proporciones, limitado en su parte superior por una forma de “asa de canasta”, o sea un arco

de tres centros, muy tendido; al centro un gran nicho, cuya parte superior se compone también de un arco de tres centros que armoniza con el del muro.

No vamos a considerar aquí el tema, ni la pintura final, sino la estructura que aparece en el dibujo que sirvió para la ejecución de la obra, para otros aspectos puede consultarse mi *Prometeo*, 1945 y mi *Arte Moderno y Contemporáneo de México*, 1952.

Rivera concibió el mural con sendos grupos de figuras a cada lado, aprovechando así las mejores superficies; en la parte central superior un motivo casi circular con tres manos apuntando al centro y a diestra y siniestra; dos figuras simbólicas entre nubes sirven de liga, y de culminación, a los grupos de figuras con el motivo central superior. El nicho tiene una composición especial, que no aparece sino esbozada en el dibujo.

En primer lugar el artista "montó" la composición sobre un guardapolvo que le sirve de base y la aísla del nivel del suelo. A primera vista la composición es simétrica, por los grupos de figuras a uno y otro lado, pero si se estudia se verá que no hay propiamente tal y que dentro de una armonía compensadora el artista procedió con bastante libertad en las composiciones de uno y otro lado. Empleó para la estructura principalmente la "sección de oro", proporcionando así la superficie, dividiéndola y subdividiéndola en forma adecuada a sus propósitos, en sentidos vertical y horizontal, y completó la estructura por medio de diagonales en puntos que son clave para comprender su sentido general. En esa forma quedó todo sabiamente estructurado por planos en estrecha relación, sobre los cuales fué "montando" las figuras por grupos escalonadamente para cubrir la superficie en dos dimensiones, pues el artista había suprimido por principio la tercera dimensión, por considerarla innecesaria, ya que no se trataba en la pintura del siglo xx de crear la ilusión del espacio naturalmente visto. Ese principio bidimensional, tan apto para la decoración de muros y para un espíritu clasicista como el de Rivera, había sido reinstaurado por Cézanne, cuya obra conocía bien, aunque tiene antecedentes en la pintura anterior al Renacimiento.

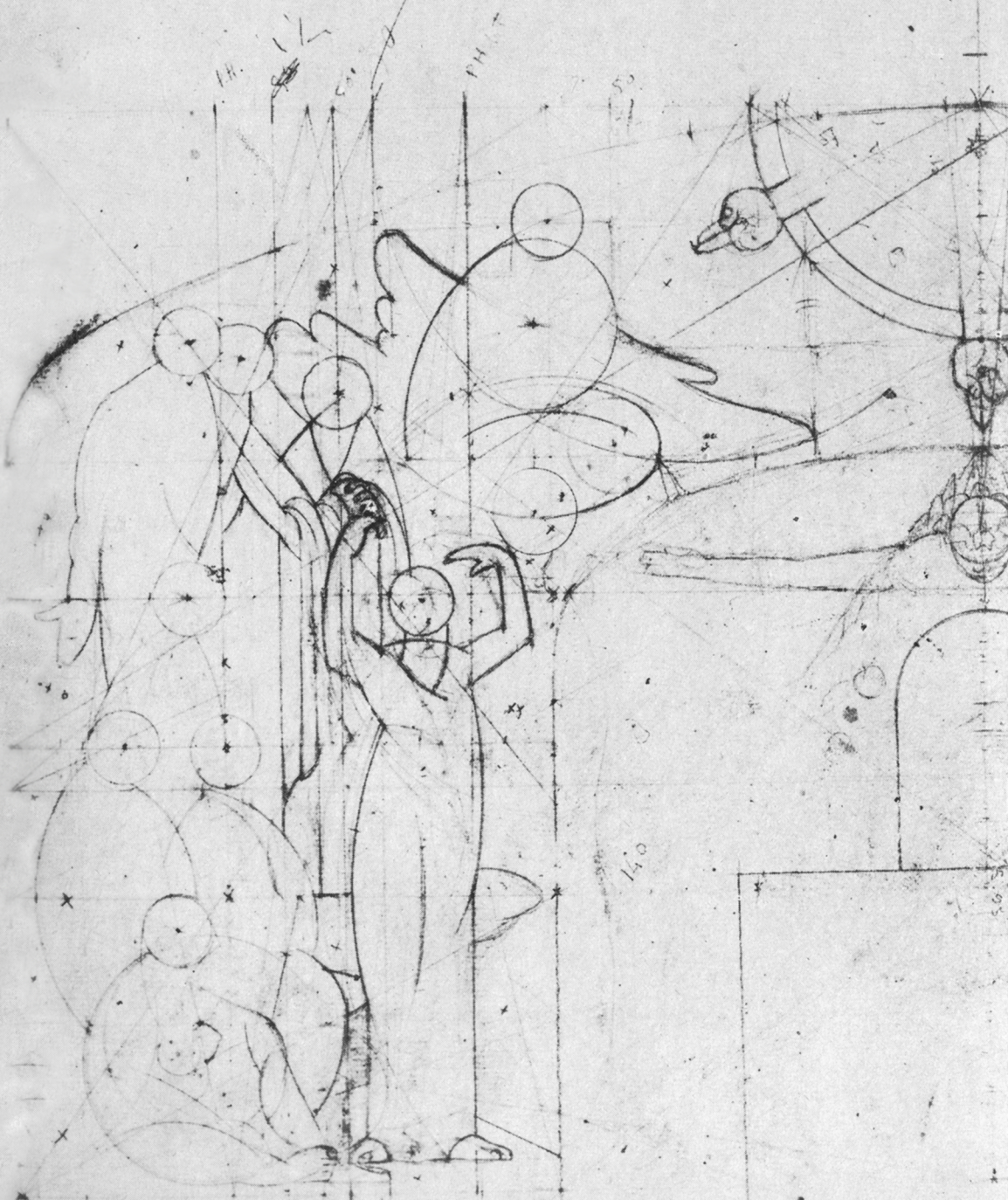
Sorprenderá que el dibujo esté todo formado en sus detalles por líneas curvas geométricas y por rectas en minoría, pero sabido es la importancia que adquirió desde Cézanne y el "cubismo" la geometría aparente; mas Cézanne y el "cubismo" emplearon de manera principal líneas rectas y las curvas quedaron más bien ocultas para dar un sentido dinámico, hasta cierto punto, a las composiciones, como ocurre con frecuencia en las "naturalezas muertas" de Cézanne.

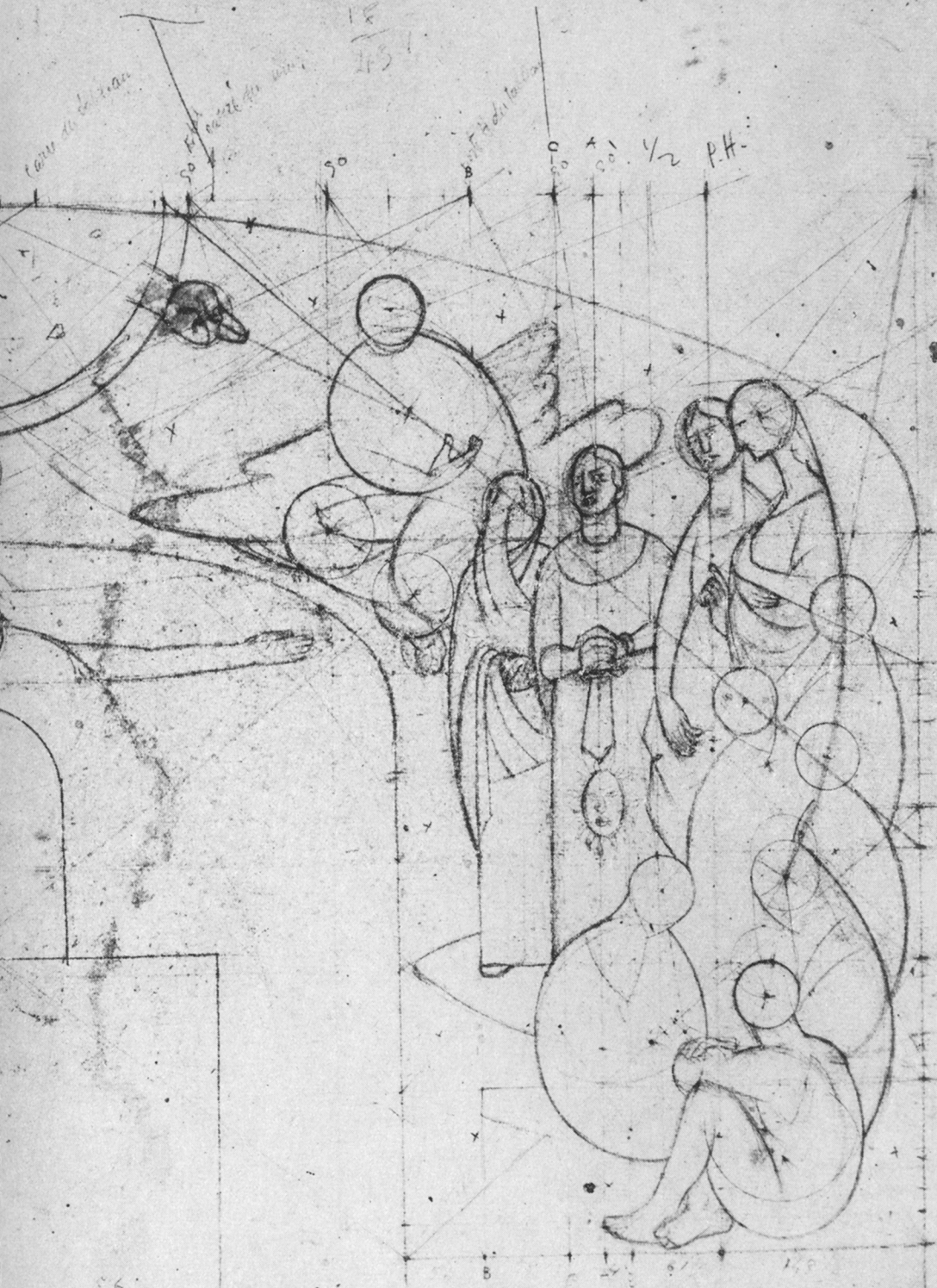
El "cubismo analítico" fué ascético, no se permitió casi las líneas curvas, hasta que posteriormente fueron entrando libremente en el "cubismo sintético". Rivera, tras su experiencia en el "cubismo", tenía que sensualizar las formas geométricas, porque era exigencia de su propio temperamento, y tomó sobre todo el compás, y a veces la regla, como medio de estructurar su dibujo, siempre sensual en la forma. Así, se observará en el dibujo para el mural del Anfiteatro que las figuras están todas compuestas principal o casi exclusivamente con curvas de compás. Las cabezas están indicadas con círculos, mas aun los cuerpos, desnudos o vestidos, quedan inscritos en formas parcialmente circulares, compuestas por segmentos de círculos. También Léger practicaba entonces este tipo de expresión. El resultado en cuanto al dibujo es que más bien parece el diseño de una maquinaria . . . y lo es, en tanto que la pintura tiene que funcionar mecánicamente en su parte estructural. Este exagerado y aparente geometrismo es lo que da la fuerza, pero al mismo tiempo la rigidez, el hieratismo, que tiene el mural, más fué original la forma en que Rivera lo concibió y ejecutó; ahora bien, por encima, o mejor dicho, por dentro de las áreas geométricas Rivera operó libremente y con ello completó la "humanización" de la geométrica concepción.

Por una parte este dibujo y manera de concebir pertenecen a la época contemporánea, posterior a Cézanne; por otra parte toda esta pintura del siglo xx se enlaza con la anterior al Renacimiento. No se trata ya del naturalismo clásico, ni moderno, ni académico, sino del arte humanísimo de nuestro tiempo, que abandonó el naturalismo tradicional, pero que conservó y aun hizo relevantes las estructuraciones clásicas. Perdió la carne y se quedó con el esqueleto, si bien Rivera aquí volvió finalmente a colocar la carne en el esqueleto, de manera suficiente para crear un símbolo, no para crear la ilusión tradicional de la realidad visual, supuestamente objetiva.

En este dibujo y en la pintura del Anfiteatro están los principios que han regido la obra del gran pintor muralista, sin embargo, más adelante Rivera abandonó la extrema rigidez aparente, ocultándola y dejando correr su mano con libertad. Es seguro que esa primera experiencia fué muy importante para el desarrollo de su obra posterior.

Las autoridades universitarias han tenido el acierto de adquirir este dibujo del primer mural de Rivera, que es antecedente de una de las mejores obras de arte que guarda en el ahora ya "antiguo" edificio de la Universidad.





Estadon



Diego Rivera cuando pintó el mural del Anfiteatro Bolívar (1922), a la edad de 36 años.
(Foto Luis Márquez.)



